

26 cardenales. Esta medida era una intrusión evidente en los derechos papales, y tanto menos justificada, cuanto que, naturalmente, los cardenales, que habían podido resistir la tempestuosa época del Cisma, mientras la Santa Sede había cambiado de poseedor, se consideraban ante el Papa incomparablemente más poderosos que antes. Por el contrario, fueron benéficas las determinaciones del Concilio respecto á las cualidades de los cardenales y su ordenación encaminada á asegurar la representación de los diferentes países en el supremo Senado de la Cristiandad (1).

Martín V, á quien tocó el difícil cometido de satisfacer á los cardenales de una y otra obediencia, y que además admitió en el Sacro Colegio cinco antiguos partidarios de Benedicto XIII, procedió en sus nombramientos con tan grande moderación que, á su muerte, sólo eran 19 los decorados con la sagrada púrpura. Esto no obstante, tenía la firme resolución de quebrantar la injusta preponderancia que los cardenales habían alcanzado; pero procedió en ello al principio, como en otros negocios, con la circunspección más extremada. Casi seis años transcurrieron antes que realizara de hecho algún nombramiento (23 de Julio de 1423), y aun entonces, los nombres de los dos elegidos, Domingo Ram y Domenico Capránica, sólo se comunicaron á los cardenales en un consistorio secreto, reservando la publicación para un tiempo posterior; por lo cual, en el consistorio público, no se hizo mención alguna de dicha elección (2). Tres años después, á 24 de Mayo de 1426, procedió Martín V á una segunda creación de cardenales, y en esta ocasión se confirmó el nombramiento de Ram y Capránica, añadiéndoseles además Próspero Colonna y Juliano Cesarini. El decreto consistorial referente á este secreto nombramiento se conserva todavía (3). En este documento, suscrito por todos los cardenales, se establece expresamente que, en caso de que el Papa muera antes de la publicación

(1) Reformakte Martins V. Art. 1; s. Hübler 128. Cf. Hinschius I, 337 y arriba pág. 344. La Universidad de París pretendió en 1412 que el número de los cardenales se rebajara á unos 12; cf. Finke, Acta I, 158.

(2) Ambos cardenales fueron creati, sed non publicati. Esta manera de nombramiento no se ha de confundir, como lo hacen Phillips (VI, 273) y Hinschius (I, 341) con la reservación *in petto*, pues en este último caso los nombres quedan enteramente reservados. Cf. Moroni IX, 303 s. y la erudita lucubración de Catalanus (265 sq.): De cardinalibus creatis nec promulgatis.

(3) Catalanus 167-168.

de los mencionados cuatro cardenales, deban éstos considerarse como publicados, y sean admitidos á tomar parte en la elección del nuevo Pontífice. A Capránica comunicó el Papa personalmente su nombramiento; pero le mandó rigurosamente que en manera alguna diese á conocer su elevación; mas para que Capránica estuviera sobre ella enteramente tranquilo, le admitió á la ceremonia del beso del pie y al usual abrazo de los cardenales antiguos (1).

De los diez nuevos cardenales que entonces con efecto se publicaron, pertenecían tres á la nacionalidad francesa (Juan de la Rochetaillé (2), Luis d'Aleman y Raimundo Mairose); tres á la italiana (Antonio Casini, Ardicino della Porta y Niccolò d'Albergati); á los cuales se añadió un inglés (Henry Beaufort), un alemán (Johann von Bucca, obispo de Olmütz), un español (Juan Cervantes), y un griego (Hugo de Lusignan, hermano del rey de Chipre) (3).

Ya antes del nombramiento de cardenales de 1426, había publicado Martín V muy saludables resoluciones para la reforma del Colegio Cardenalicio, constituido con miembros de las tres obediencias. Éstos—se dice en la aludida Constitución,—para volver á ilustrar al mundo con su luz, y hacerse útiles para la dirección de los negocios eclesiásticos, debían distinguirse sobre todos por la pureza de sus costumbres, llevando, por tanto, una vida sobria, justa y santa, guardándose, no sólo de lo malo, sino aun de toda apariencia de mal. Debían asimismo portarse con humildad, y no tratar con soberbia á los otros prelados ó sacerdotes de inferior condición. Habían de proceder ordenadamente en sus casas, y mantener á su servidumbre en disciplina y honestidad. También debían guardarse de buscar el favor de las Cortes y la protec-

(1) Catalanus 12. 194.

(2) Este príncipe de la Iglesia, eminente por sus conocimientos jurídicos, alcanzó grande influencia cerca de Martín V; cf. Voigt, Stimmen 122. Cf. también Reumont en Janitscheks Repertor. VIII 158.

(3) Cf. Ciaconius II, 841 sqq.; Cardella 37 ss.; Eggs 33 sqq. Suppl. 172 sqq.; Frizon 474 ss.; Migne 220 ss. 1182 y Eubel I, 33; II, 6-7. Acerca de H. Beaufort cf. Folkestone-Williams, Lives of the English Cardinals (London 1868) II, 70-110; sobre Hugo de Lusignan: Arch. d'Orient latin II, 76. Se da en muchas partes el 23 de Junio como día de la promoción, pero esta fecha es inexacta, pues la arriba consignada, con la añadidura de que la asignación del título tuvo lugar á 27 de Mayo, se halla también en los Acta consistorialia, en el *Archivo consistorial del Vaticano*.

ción de los príncipes, consagrándose con toda su alma, sin mezcla de mundanas aspiraciones, al servicio de la Santa Sede (1).

El que tales ordenaciones fueran necesarias, hace conjeturar las tristes circunstancias en que se hallaba el supremo Senado de la Iglesia; y ¿cómo podía ser otra cosa? Las turbaciones del Cisma habían desorganizado el Colegio Cardenalicio, y llenado también aquella corporación de un desmedido deseo de alcanzar la mayor independencia posible; y pertenecía esencialmente á la restauración de la autoridad pontificia planteada por Martín V, el introducir una mudanza en esta parte; pero parece, no obstante, que el Papa fué demasiado lejos en su conato de rebajar la autonomía de los cardenales, si tiene fundamento lo que refiere un enviado de la Orden teutónica. En un escrito de 1429, indica el tal, acerca de su recibimiento por el Papa: «Cuando el señor obispo de Curlandia me presentó al Papa y á los cardenales, me mostraron bondadoso interés y me dieron buenas palabras; pero esto tuvo pequeño ó ningún resultado; porque cuando los adversarios de la Orden se llegaron á ellos, también á su vez obtuvieron palabras dulces. No hay aquí, en total, más que cinco cardenales: el de Ursinis, el Arelatense (Alemán), de Comitibus (Lucido Conti di Poli, que era protector de la Orden y ahora es legado de Bolonia), Rothomagensis (de la Rochetaillé) y Novariensis (Ardicino della Porta), que se hallan bien inclinados hacia la Orden y hacia mi persona; pero no se atreven á hablar delante del Papa, sino aquello que él escucha de buena gana; pues el Papa ha oprimido de tal manera á los cardenales, que no hablan en su presencia sino de lo que le es agradable, y al hablar delante de él mudan los colores del rostro (se ponen colorados y pálidos)» (2). Por efecto de este tratamiento, se produjo entre los cardenales cierta fermentación, cuyos malos frutos se manifestaron luego después de la muerte de Martín V.

A 8 de Noviembre de 1430 tuvo lugar la tercera y última creación de cardenales hecha por Martín V (3), siendo nuevamente nombrados: un español (Juan Casanova) y un francés (Guillermo de Montfort); pero entonces se publicaron finalmente los ya men-

(1) Cf. Döllinger, Beiträge II, 334 s.

(2) Voigt, Stimmen 73-74, y Eneas Silvio III, 520 Anm. 1. Cf. Livländ. Urkundenbuch VIII, 25.

(3) Ya en Septiembre se hablaba de este nombramiento; cf. la relación en Livländ. Urkundenbuch VIII, 182.

cionados, á saber: Ram, Capránica, Próspero Colonna y Cesarini (1). Como fuera costumbre no conceder el capelo rojo sino á aquellos cardenales que tenían á su cargo una legación importante, Capránica, que era entonces legado en Perusa, no lo recibió; de lo cual quedan auténticos testimonios, que no han estorbado sin embargo, que posteriores historiadores enredaran irremediablemente todo este negocio (2). Con él está enlazada la contienda que Capránica tuvo que sostener acerca de su cardenalato, después de la muerte de Martín V, con Eugenio IV; el cual, excitado por los enemigos de Capránica y falsamente informado, le negó el cardenalato, dando motivo para que Capránica corriera al concilio de Basilea, para buscar allí la defensa de su derecho (3).

El proceder de Eugenio IV fué injusto, y tanto más lamentable cuanto que precisamente **Capránica**, á pesar de su juventud, era una persona que merecía por todos respectos la dignidad cardenalicia. Todos sus contemporáneos concuerdan en las alabanzas de aquel noble romano, que supo juntar una elevada sabiduría con devoción profunda (4); y la siguiente narración tendrá que recordar con frecuencia la acción bienhechora de aquel hombre excelente, que falleció en el preciso momento en que era cierta su elevación al pontificado. Aunque Martín V no hubiera hecho otro nombramiento que el de Capránica, le correspondería por él solo el más cumplido elogio; pero también todos los demás distinguidos por dicho Papa con la púrpura cardenalicia, se mostraron dignos de este elevado rango. «Fué un mérito real de Martín V—

(1) Ciaconius II, 864 sq. Frizon 482 s. Migne 630. 1248. Eubel I, 33. Ram había sido virrey de Sicilia; cf. el decreto de su nombramiento de 1 de Agosto de 1416 en Lioni, Cod. dipl. di Alfonso il Magnanimo (Palermo 1891) I, 18 ss.

(2) Cf. Catalanus 20 sq. Los testimonios auténticos de que aquí se da cuenta son: a) Martinus V, «dil. fil. Dominico S. M. in Via lata diacono cardin.» (iubet Capranicam esse administratorem ecclesiae Firmanae) 169-170. b) Cartas gratulatorias de los cardenales Albergati, Colonna y Cesarini al cardenal Capránica, fechadas en 11, 19 y 31 de Nov. en Roma 1430 (p. 172-175). c) Testimonios de los cardenales Branda, Carrillo y Cesarini 193-197.

(3) Cf. Voigt, Enea Silvio I, 20-21, y la monografía que no conoció Voigt y es realmente muy rara, de Catalanus 28 sqq.

(4) La Constitución decretada por Eugenio IV en su contienda con Capránica, *In eminenti*, sobre que el nombre y derechos de cardenal no se alcanzaban sino con la concesión de las insignias, y que mientras no se habían abierto los labios el cardenal nombrado no podía tomar parte en la elección pontificia, fué de nuevo suprimida por Pío V en 1571. Y con razón, pues contraría al origen y principio del cardenalato. Cf. Phillips VI, 272 ss. y principalmente Catalanus 31 sqq. 304-319.

dice un escritor que generalmente se muestra poco inclinado á hablar bien de los papas—el haber introducido en el Sacro Colegio á varones, á quienes su virtud y formación dió á poco á la Iglesia un elevado prestigio» (1).

Después de Capránica, pertenece sin duda el primer lugar entre los cardenales nombrados por Martín V, por lo que toca á su talento y aptitudes, á **Juliano Cesarini**.

Como otros muchos grandes hombres, había tenido Cesarini (n. 1398; m. 1444) que redimirse, con su férrea constancia, de una pobreza extremada. Su biógrafo Vespasiano da Bisticci refiere, de qué manera, siendo estudiante en Perugia y viviendo de limosna, recogía los cabos de vela para poder estudiar también de noche. Después de haber obtenido el doctorado, fué Cesarini profesor de Derecho canónico en Padua, donde Capránica, sólo dos años menor que él, y Nicolao de Cusa oyeron sus lecciones. Llamado por el cardenal Branda, de quien Cesarini había sido doméstico, fué éste á Roma y se grangeó pronto el favor de Martín V; y cuánto le estimara el Papa, lo muestra la circunstancia de haberle confiado las dos más difíciles incumbencias que por entonces se ofrecieron: el mover á los príncipes alemanes á una cruzada contra los Husitas, y presidir como legado el concilio de Basilea; y, á la verdad, apenas hubiera podido hacerse otra elección más acertada. Con un exterior extraordinariamente hermoso (2), juntaba Cesarini las más finas y agradables maneras; atractivo y amablemente llano en el trato común, pero lleno de una nobleza que imponía respeto, cuando lo requería la dignidad de su cargo; provisto de gran erudición y brillante orador, pertenecía el cardenal al número de aquellos hombres raros que, como al vuelo y sin pretenderlo, se conquistan la admiración y amor de sus contemporáneos (3). Acerca de su pureza de costumbres y piedad, no se cansa Vespasiano da Bisticci en acumular elogios; y por él sabe-

(1) Cf. Vespasiano da Bisticci en Mai, *Spicil.* I, 185 sqq.; Voigt, *Stimmen* 89-90, y el discurso de que aún nos ocuparemos más adelante «Oratio funebris prima die exequiarum domini card. Firmani, edita per Nicolaum praesulem Ortanum» etc. Cod. Vatic. 5815. *Bibliot. Vaticana*.

(2) Gregorovius VII<sup>3</sup>, 22. Ya Vespasiano da Bisticci escribe respecto de Martín V: «I cardinali, che fece nel suo pontificato, tutti furono uomini singolari». Mai, *Spicil.* I, 221. Cf. asimismo S. Antoninus, *Chronic.* XX, 2, c. 7 § 3.

(3) Los hermosos y espirituales rasgos de la fisonomía de Cesarini se reconocen en una medalla conmemorativa, cuyo único ejemplar se halla en el British Museum de Londres.

mos que el cardenal dormía siempre con un cilicio de crin, ayunaba á pan y agua todos los viernes, cada noche acudía con su capellán á la iglesia, confesaba todas las mañanas y celebraba la santa misa (1).

La liberalidad de Cesarini no tenía límites, dando por amor de Dios todo cuanto tenía, sin que ninguno se apartara de él sin ser atendido; pero mostraba especial interés (acordándose sin duda de las estrecheces de su primera juventud) á los adolescentes pobres de talento. A éstos hacía estudiar á su costa en Perugia, Bolonia ó Sena, proveyendo copiosamente á la satisfacción de todas sus necesidades; y como, fuera del obispado de Grosseto, no había querido admitir ninguna otra prebenda, le hubiera sido imposible ejercitar tal liberalidad si no hubiese vivido él mismo con una sencillez extremada. Nunca se presentó en su mesa más que un solo plato, y no bebía más vino de cuanto era necesario para colorear el agua. Era conmovedora la solicitud que mostraba este cardenal por sus domésticos; habiendo en una ocasión enfermado todos, los visitaba Cesarini cada día por la mañana y por la tarde, para ver si á alguno le faltaba algo; y aun al más humilde mozo de cuadra, que también había enfermado, honró diariamente con su visita. En todos los negocios eclesiásticos, especialmente en los asuntos de la reforma, en la conversión de los judíos y herejes y la unión de los griegos, mostró Cesarini un celo verdaderamente de fuego; por lo cual solía decir el cardenal Branda: que, aunque toda la Iglesia estuviera corrompida, sólo Cesarini era capaz de reformarla. «He conocido á muchos varones santos—exclama el honrado Vespasiano da Bisticci—pero ninguno entre ellos que se pareciera al cardenal Cesarini; desde hace quinientos años no ha tenido la Iglesia un varón semejante (3).

(1) Voigt, *Enea Silvio* I, 50. Cf. Albert 89 ss. Bezold (*Husitenkriege* III, 101 s.) dice que Cesarini se cuenta entre las más brillantes personalidades eclesiásticas del fin de la Edad Media.

(2) El capellán de Cesarini era un tudesco; cf. Mai, *Spicil.* I, 171—172. Otro secretario alemán de otro cardenal se nombra en el *Liber benef.* 227.

(3) Vespasiano da Bisticci, G. Cesarini, en Mai, *Spicil.* I, 171. Al lado de esta imagen trazada con visible amor (ed. *Fra*ti I, 109 ss.) cf. la del escritor citado por Ciaconius (II, 861 sq.) y Eggs (83 sq.) A ellos hay que añadir Joh. Nider; v. Weisz. *Vor der Reform.* 99. Cf. también Andres 101 sqq. 105 sqq.; Tiraboschi VI, 1, 238 ss.; Fiorentino 13 ss.; Hergenröther en la *Würzb. kath. Wochenschrift* (1885) IV, 24 s.; R. C. Jenkins, *The last Crusader: or the Life and Times of Cardinal Julian, of the house of Cesarini* (London 1862), y Fraknói,

Faltaría un rasgo esencial, en la descripción del carácter de Cesarini, si no se hiciera mención de sus relaciones con el Humanismo. Lo mismo que Capránica (1) era él también fervoroso amigo de los estudios clásicos, y lo exquisito de su cultura y la facilidad de su palabra, completaban y levantaban por feliz manera la belleza de su exterior aspecto. Sus modelos eran: entre los escritores paganos, Cicerón; y entre los eclesiásticos, los buenos estilistas, como Lactancio y san Agustín (2). Con todo eso; los muchos negocios que tuvo á su cargo, y también su pobreza (pues aun siendo cardenal le vió Vespasiano da Bisticci vender los duplicados de su biblioteca para poder distribuir limosnas), le impidieron mostrarse generoso mecenas de los humanistas. Pero el interés del cardenal por los estudios humanísticos era sin embargo tan grande, que en los viajes de sus legaciones hallaba todavía tiempo sobrante para buscar afanosamente antiguos manuscritos. Lo mismo se refiere del cardenal Albergati, quien generalmente ofrece en todo su modo de ser una gran semejanza con Cesarini.

Aunque no formado como éste con humanística cultura, *Nicolao d'Albergati* (1375-1443) gustó, sin embargo, de tratar con los partidarios de la nueva tendencia, y los favoreció en todas las ocasiones que pudo. Hombres del más diverso carácter, como Filelfo, Poggio, Eneas Silvio Piccolomini, y principalmente Tomás Parentucelli, gozaron de su favor (3). Como hombre y como sacerdote, fué Albergati modelo de todas las virtudes; el cual habiendo entrado muy pronto en la estrecha orden de los Cartujos, fué después nombrado obispo de Bolonia, su ciudad natal. Creado cardenal, su humildad le movió á no adoptar otras armas que una sencilla cruz; en lo cual le imitó Tomás Parentucelli (que

Cesarini Julián bibornok magyar-ország pápai követ élete (Budapest 1890). Cf. Oesterr. Litt.-Blatt I, 313. Acerca de la acción de Cesarini en Basilea dice Reumont III, 1, 309: Cuanto á la posteridad, los más prudentes y equitativos han estimado su conducta, en momentos por extremo críticos, cuando se veía colocado entre el Papa y el Concilio, como honesta é independiente. De una y otra parte tenía que defenderse de pretensiones cuyo peligro nadie conocía mejor que él, que apreciaba igualmente bien las circunstancias de Roma y de Alemania.

(1) Acerca de los estudios humanísticos de Capránica, cf. la Oración fúnebre, citada arriba, Cod. Vatic. 5815 f. 15. *Bibliot. Vaticana*.

(2) Voigt, Enea Silvio I, 216.

(3) V. Ruggerius xxxiv y adelante Nicolao V, capítulo 1.

había sido por muchos años familiar de Albergati) luego que se vió sublimado á la Cátedra Pontificia (1). La dignidad de cardenal no fué estorbo á Albergati para vivir conforme á la Regla de su Orden, durmiendo sobre un saco de paja, sin comer jamás carne, usando un cilicio interior de crin, y levantándose á media noche para la oración. Dotado de extraordinaria prudencia y habilidad diplomática, supo llevar á cabo con fortuna y buen éxito una serie de comisiones difíciles, sin apartarse con todo, en la política, del camino de la más rigurosa justicia (2).

Fué también persona excelente el cardenal de Bolonia, *Antonio Correr* (1359-1445). «Messer Antonio, de la casa Correr, varón noble y sobrino de Gregorio XII—refiere Vespasiano da Bisticci,—era de santa conducta y, lo mismo que el Papa Eugenio, entró en su juventud en una Orden religiosa de cierta isla de Venecia que llaman S. Giorgio in Alga. A esta resolución le movió su ilimitado celo por la fe cristiana y por la salud de su alma; y habiendo vivido varios años en dicha Congregación, aconteció que su tío fué elegido Papa (1406) y resolvió elevarlo al cardenalato, mientras él por nada de este mundo quería abandonar su monasterio; pero forzado finalmente por el Papa, se allanó con una condición; es á saber; que también Messer Gabriel (Condulmaro), que fué luego Papa Eugenio, recibiera al mismo tiempo la púrpura, con lo cual se conformó el Papa por el deseo de complacerle (3). Hechos, pues, cardenales uno y otro, Messer Antonio y todos los que pertenecían á su familia llevaban una vida tan virtuosa, que podía servir de ejemplo á todos los demás. Tenía

(1) Cf. Frediani, Niccolò V. 226. 287.

(2) Juicio de Denina, Mudanzas políticas de Italia (traducido por Volkmann, Leipzig 1772, II, 636). Albergati fué como legado tres veces á Francia (1422, 1431 y 1435), tres á Lombardía (1426, 1427 y 1430), y otras tres á Basilea (1432, 1434, y 1436); cf. Wetzer u. Weltes Kirchenlexikon I, 408. Las antiguas y nuevas biografías de Albergati, las enumera Voigt (Enea Silvio I, 84). Pero hay que añadir: Fantuzzi, Scritt. Bol. I, 99—133, y Const. Ruggerius, Testimonia de b. Nic. Albergato (Romae 1744); las dos últimas obras son importantes por contener noticias sacadas del Archivo secreto pontificio. Cf. asimismo Chevalier 1627. 2749; Tiraboschi VI, 237; Faleoni 436 ss.; Migne 204 y Nicc. Marini, L' Azione diplomatica della S. Sede e il b. Niccolò Albergati, Vescovo e Card. (Roma 1887). La oración fúnebre pronunciada por un clérigo boloñés acerca de Albergati se publicó según un manuscrito del seminario de Lieja en los Anal. Bolland. (1888) VII, 381 ss.

(3) Esta narración de Vespasiano contradice á otras contemporáneas; cf. Raynald ad a. 1408 n. 9 ss.; L. Bruni, Epist. II, 21; Niem. Nem. VI, 33; Mansi XXVII, 95—96.

el cardenal como beneficios dos abadías, una en Padua y otra en Verona; en ambas introdujo la observancia, y cedió á los monjes una parte de las rentas, reservando para sí solamente lo necesario para su subsistencia. Fuera de esto procuró que, después de su muerte, quedaran ambas á la libre disposición de los mismos religiosos. Vivió más de 80 años una vida devota y santa, y cuando el Papa Eugenio regresó de Florencia á Roma, resolvió el cardenal abandonar la Corte y retirarse á su abadía de Padua. Después de haber morado allí algún espacio de tiempo se decidió á poner en orden sus negocios. De año en año había ido apuntando las sumas que percibía de los beneficios, y, cierto día, llamó á su habitación á los administradores de ambos monasterios, y mandó que se reunieran allí, en una gran sala, todos los objetos de su pertenencia: alhajas de plata, libros, muebles y sus mismos vestidos; de todo lo cual hizo formar inventario y valuar cada una de aquellas cosas. Concluído esto, se hizo traer los libros de cuentas, en los cuales estaban anotados los rendimientos de los beneficios, y en los que, por orden suya, se inscribieron también los objetos mencionados, anotando la estimación de ellos en las correspondientes páginas. Entonces dijo á uno de los apoderados, que tomara consigo los libros y la mitad de las alhajas de plata y de los otros objetos, según lo había dispuesto; y la misma orden dirigió al otro con estas palabras: «Tomad y llevaos lo que á vos os pertenece.» De esta manera, antes de abandonar aquel aposento, dispuso de todo su haber, sin reservarse más que un cáliz y un ornamento para decir misa y cuatro tazas de plata. Habiendo puesto por obra estas disposiciones, dijo á los Padres de los mencionados monasterios: «Os he mandado entregar todas las cosas de mi pertenencia, cuyo valor asciende á tanto; y esto es lo que he percibido de los beneficios que me habían otorgado. Si más tuviera os lo daría también á vosotros; pero tened paciencia conmigo y rogad á Dios por mí.» Los monjes quedaron poseídos de extraordinario asombro por lo que el cardenal había hecho, y le dieron las más afectuosas gracias; mas él se levantó de su asiento y dió gracias á Dios por todo lo que había ordenado. Ojalá los señores y príncipes aprendieran de este cardenal, cuánto es mejor hacer por sí mismo lo que se debe hacer, que no dejarlo á cargo de los herederos. Todavía vivió cuatro meses después de esta repartición de su hacienda. Pagaba á sus servidores mensualmente

y les daba vestidos nuevos dos veces al año. Deseaba no ser cargoso á nadie y dejó lo que su conciencia le inspiraba á su servidumbre, así como para otros fines benéficos. De esta manera acabó su vida como un santo; y todo esto lo supe yo de su sobrino Messer Gregorio, que se halló presente á la repartición, y es persona digna de todo crédito. Tales preladados de la Iglesia de Dios son dignos de eterna memoria» (1).

La importancia de estas personas, tan piadosas como eruditas, para el bien de la Iglesia en aquellos tiempos, no puede ser bastante ponderada. En una época en que un gran partido de los humanistas, embriagados con el espíritu pagano de la Antigüedad, embestía contra el Cristianismo y la Iglesia, con las armas de la sátira y de la erudición clásica; cuando las quejas acerca de la degeneración del clero se hacían cada vez mayores y más comunes; estos cardenales, desde la alta atalaya de la Ciudad eterna, no sólo resplandecieron por la pureza de sus costumbres delante de toda la Iglesia, sino mostraron también con los hechos, que la gravedad del Cristianismo y los sentimientos severamente eclesiásticos se pueden hermanar muy bien con el cultivo de la verdadera ciencia (2).

No fueron los mencionados cardenales, los únicos favorecedores del Humanismo en el Sacro Colegio. Merecen también honrosa mención en este concepto, el cardenal de Plasencia *Branda Castiglione*, celebrado por su sencillez; y el nepote de Martín V *Próspero Colonna*. Al segundo, que era poseedor de una biblioteca no poco importante, dedicó Poggio su symposiún «Sobre la Avaricia», prueba bastante de que los literatos no le tenían por tacaño (3). Un cronista mantuano describe al cardenal Colonna diciendo era muy alto, flaco y de pálido rostro (4). El cardenal Branda era amigo de las artes y las ciencias, y fundó bibliotecas en el lugar de su nacimiento, Castiglione d'Olona (junto

(1) Vespasiano da Bisticci, Card. Antonio de' Coreri, en Mai, *Spicil.* I, 158-161 (ed. Frati I, 101 ss.). Cf. Reumont, *Beiträge* IV, 314 ss.; *Tiara Veneta* 23 ss. 42 s. y *Souchon* II, 312. El Cardenal Correr regaló su colección de manuscritos, adquirida con gastos no pequeños, al monasterio de S. Giorgio in Alga; v. M. Foscarini, *Dei Veneziani raccoglitori di codici*, en *Arch. stor. ital* V, 265.

(2) Reumont loc. cit. IV, 318.

(3) Voigt, *Wiederbelebung* II<sup>3</sup>, 29; cf. I<sup>3</sup>, 234. 259 y *Giorn. d. lett. ital.* XXXII, 435. Acerca del colegio fundado por Branda en Pavía hacia 1429, cf. *Denifle* I, 814. Cf. también *Zeitschr. f. kathol. Theol.* XXII, 188.

(4) *Schivenoglia* 137.